

Francia minas de sal gema, puesto que conocemos gran número de fuentes saladas, aun en las provincias más alejadas del mar; pero la busca de esas minas está prohibida y aun el uso del agua salada está prohibido por una ley fiscal, que se opone al derecho tan legítimo de hacer uso de lo que la naturaleza nos ofrece con profusión; ley de proscripción contra la comodidad del hombre y la salud de los animales, que deben participar, como nosotros, de los beneficios de la madre común y que, por falta de sal, no viven ni se multiplican sino a medias; ley de desgracia o mejor, sentencia de muerte contra las generaciones por venir, fundada en el error y en la ignorancia, pues el libre uso de este artículo, tan necesario al hombre y a todos los seres vivos, haría más bien y sería más útil al Estado que el producto de la prohibición; porque sostendría y aumentaría el vigor, la salud, la propagación, la multiplicación de los hombres y de todos los animales útiles. La gabela causa más daño a la agricultura que el granizo o la helada: los bueyes, los caballos, los carneros, todos nuestros primeros ayudantes en este arte de superior necesidad y de real utilidad, necesitan todavía más que nosotros la sal que antes se les ofrecía como condimento de su insípido herbaje y como preservativo contra la humedad pútrida de que los vemos perecer; tristes reflexiones que yo compendio diciendo que la aniquilación de un beneficio de la naturaleza es un crimen de que no se habría hecho jamás culpable el hombre si hubiera comprendido sus verdaderas intereses». (*Histoire Naturelle des Minéraux*, 1783).

Les Prétentions du Catholicisme Contemporain. — (Lausanne, 4 rue de la Louve), por OTTO KARMIN.—Folleto muy útil al que desee conocer las intenciones de la Iglesia Católica y las reivindicaciones que ella formula al tomar la ofensiva contra la sociedad civil.

Le Mirage de la Vertu (París, libr. Armand Colin), por ALBERT

BAYET.—Sin cesar, se habla de mérito y de virtud. ¿Será esta la manera de hacer mejores a los hombres? Quiere uno ser virtuoso, cree serlo y tiene la conciencia tranquila... ¿Sabéis lo que esta serenidad oculta a menudo?—El egoísmo satisfecho, la resignación a los sufrimientos ajenos.

No nos dejemos seducir por «la ilusión de la virtud». Nuestro papel no es de hacernos admirables, sino de combatir y atenuar los dolores que nos rodean. No estemos tan contentos de nosotros mismos: el hombre más justo, quiéralo o no, se encuentra asociado a grandes iniquidades colectivas. Tomemos parte, sin orgullo, en la obra infinita que, de siglo en siglo y en mil formas, tiende a suprimir el mal. La felicidad que así encontraremos será precisamente la que hayamos dado a los demás.

Tales son las ideas que el autor defiende con una serie de ensayos y de cuentos.—AD.

Transiciones. — VÁZQUEZ YEPES. (Sociedad General de Publicaciones, Barcelona (España), Diputación 211)

«Este puñado de versos, dice el Autor, forma el rezago de la producción mía en diversas épocas. Algunos, abandonados en diarios y revistas, no habían pasado á un volumen por descuido; otros, perdidos entre el montón de mis papeles y faltos de corrección, salen ahora por primera vez al público sin esa misma corrección que necesitaban. Y es porque, cuando el estado de alma que los produjo ha desaparecido, ya no se siente voluntad alguna para corregirlos».

Transcribimos algunos versos:

«Nuestra vida,
es la inmensa actividad del protoplasma.
El amor es una diástole
con que incita el corazón á la plegaria.
Este mismo pensamiento
—que parece que surgiera de la nada—
es la luz fosforescente
que el cerebro en combustión, de sí rechaza.

Son las penas y la dicha,
formas raras
de las mil transformaciones fisiológicas
de las células que surgen y las células que
acaban.»